
DISCURSO

del Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo de Linares, Dr. Don

Leopoldo Ruiz y Flores.

SEÑORES:

¿A qué fin celebrar esta reunión, para festejar el primer Centenario de nuestra Independencia, después de tantas ceremonias tan concurridas y solemnes, que serán sin duda para los siglos futuros testimonio irrecusable de nuestro patriotismo?

Justa en verdad parece vuestra pregunta, señores; permitidme que la respuesta sea el exordio de mi discurso.

Es el patriotismo un sentimiento instintivamente religioso por los inseparables vínculos con que se ligan Dios y la Patria. No hubo un solo pueblo en la antigüedad pagana que no viera en la Patria un don de sus dioses, y que no la considerara bajo la tutela y gobierno de sus divinidades.

El pueblo hebreo, único donde se conservó antes de Jesucristo la verdad religiosa, no podía pensar en su Patria sin pensar en su Dios; pues que toda la historia le hablaba de una tierra prometida por el Dios de sus padres, del cual había recibido también legislación y gobierno.

Vino el Cristianismo santificando cuanto tocaba, y no podía dejar de santificar á la Patria, consagrando sus vínculos, asegurando sus derechos y sancionando el amor y reverencia que le debemos. Hizo más todavía el cristianis-

mo: convirtiéndose él mismo con todos sus encantos y su avasallador impulso de civilización en elemento esencial del patriotismo por medio de sus doctrinas salvadoras, sus ritos y sus costumbres eminentemente sociales.

No puede, por tanto, el verdadero patriotismo darse por satisfecho mientras no descubra á Dios ocupando el lugar que se le debe en el cuadro encantador de la Patria; de la misma suerte que un hijo no podía sentirse feliz si, volviendo al hogar tras de larga ausencia, encontrara vacío el puesto que corresponde á su padre.

La gratitud no habría pagado en este Centenario su deuda, si admirando la abnegación y heroísmo de quienes nos dieron vida nacional, sobre todos sus afectos no tuviera uno, el más ardiente, para el Señor de las naciones, de quien con toda justicia dijeron los primeros legisladores mexicanos en el Congreso de Chilpancingo, «da y quita el poder según su voluntad soberana.»

Venimos, pues, á borrar de la augusta frente de nuestra Patria ese paño de indiferentismo que por desgracia ha ostentado ante las naciones todas del orbe en las fiestas centenarias, que por otra parte han dejado admirados á propios y extraños.

Venimos á consolar á nuestra Patria, haciéndole ver que no somos ingratos con el Dios de quien ella tiene vida, grandeza y todos sus encantos.

Venimos á admirar á nuestros héroes; pero mirando en sus proezas una muestra del poder de Dios, y un rasgo de su Providencia.

Con esto, sin duda, los glorificaremos más, que no con quererlos divinizar á la pagano.

Con esto vindicaremos su memoria; porque si ellos

miraron siempre con horror, é indignados rechazaron la mancha de enemigos de Dios y de la Iglesia, con que por política se les quiso deshonrar en vida, á nosotros toca, como herederos de su fe y de su religión, defender sus cenizas sobre las cuales se ha pretendido, más de una vez, arrojar el fango de la impiedad y de la apostasía.

Demos, pues, una ojeada al magnífico cuadro de la Patria para descubrir en ella la mano de Dios, y admiremos esa misma mano en la magna obra de nuestros héroes.

Señores:

No hay medio, quienquiera que se ponga á filosofar sobre historia, ó reconoce la Providencia, y por ella se remonta hasta Dios, donde todo es luz, bondad y justicia: ó desconoce esa Providencia; y en tal caso, por meras casualidades más ó menos disfrazadas con palabras huecas, tiene que llegar hasta la más hueca palabra, el acaso, donde todo es capricho, desorden, injusticia y tinieblas.

Es el acaso uno de tantos recursos con que los hombres sabemos encubrir nuestra ignorancia con tal de no confesar nuestra impotencia.

No, señores, el acaso no existe: no es más que el límite á donde llega nuestra investigación: como el horizonte no es una línea real, sino de limitación de nuestra vista.

Para Dios no hay acaso porque para Él no hay límites: El es el infinito, y por lo mismo no conocen límites ni su poder, ni su sabiduría, ni su bondad.

El todo lo gobierna, pero de una manera tan suave y al propio tiempo tan firme, que sin menoscabo de las leyes que El mismo fijó á las causas naturales, y sin perjuicio

de la libertad de los seres libres, consigue infaliblemente los fines que se propone.

Estos fines, así como sus medios, están ordinariamente para el hombre envueltos en las sombras del misterio. Con todo, Dios deja de vez en cuando resplandecer un relámpago de su luz indeficiente, á favor del cual puede el hombre vislumbrar lo que Dios se propone y los medios por donde quiere conseguirlo.

Esos relámpagos iluminan mucho mejor las edades pasadas que las presentes; porque en éstas las pasiones humanas y bastardos intereses, forman espesísimas nubes que no deja distinguir lo humano de lo divino, lo bueno de lo malo.

Después que la nada palpitó al mando del Omnipotente, y convirtiéndose en aquella materia informe y vacía de que nos hablan la Biblia y la ciencia, á fuerza de cataclismos apenas imaginables, y de gigantescas erupciones, en comparación de las cuales las de nuestros más activos volcanes apenas son chispas imperceptibles, comenzáronse á dibujar sobre la superficie de nuestro globo las caprichosas figuras de sus continentes.

Ya desde entonces señalaba el Creador, más con su predilección que su dedo esta porción privilegiada del continente americano, que llamamos México.

Bañada por dos océanos la pondría en directa comunicación con los dos mundos, el europeo y el asiático: colocada en el centro de ambas Américas, parece destinada á ser el lazo de unión entre las vastas regiones del Norte y las no menos espaciosas del Sur. Para que nada tuviera México que envidiar á las demás naciones de la tierra, dotóla su Creador con tal variedad de climas y de alturas, de

productos y bellezas, que pudiera ser el encanto de cuantos la concieran.

Destinó Dios para poblarla dos razas de legendaria grandeza, la primitiva compuesta de tribus variadas y guerreras, que, conquistándose las unas á las otras, habían de lograr una civilización admirable para ser de idólatras: la otra, (la de los conquistadores) á la cual Dios quiso premiar, no sólo con el dominio de México, sino con el de todo un mundo, el mundo de Colón, ocho siglos de lucha en defensa de su Dios y de su Patria.

Llegóse, después de tres siglos, el tiempo señalado para que el nuevo pueblo en quien se habían consolidado las prerrogativas de los primeros pobladores y de la nueva raza que en trescientos años había surgido, compareciera con su propia soberanía en el concierto de las naciones.

¿Por qué medios quiso Dios que México hiciera valer su derecho tan legítimo de su soberanía? De memoria sabéis la larga lista de nuestros héroes, sus pasos, sus luchas, sus triunfos, sus derrotas, y hasta las traiciones de que fueron víctimas.

Esa serie de acontecimientos, perfectamente comprobados, forman, con la solidez de la verdad histórica, la base firmísima de la veneración que profesamos á los que nos dieron el ser nacional. Nuestros poetas y literatos han cumplido y seguirán cumpliendo con el deber de hermohear la figura de nuestros héroes, cantando sus proezas y celebrando sus grandezas para honra de nuestra raza. Las demás bellas artes han contribuido y contribuirán en su esfera, á glorificar su memoria, perpetuándola en los mármoles y bronces, dándoles vida en el lienzo y sentimiento en el canto y en la música.

Pero, repito, toda esa grandeza de nuestros héroes y toda nuestra veneración hacia ellos, han de tener por base y fundamento la verdad.

Tarea, por tanto, muy desacertada la de aquéllos que, guiados por un falso patriotismo, ó cegados por espíritu parcial, han llegado hasta adulterar la historia, ó bien con el fin de dar á nuestros héroes grandezas á que no aspiraron, ó bien con el fin de hacerlos aparecer partidarios de sus ideas.

No necesitan nuestros héroes de nuestras mentiras para ser grandes y merecer toda nuestra admiración. Son grandes desde el momento en que al acometer la magna empresa de darnos Patria, entendieron que esto podría ó debería costarles la vida. «Ordinariamente, decía Hidalgo en cierta ocasión, no ve cumplida su obra quien acometa una empresa semejante.»

¡Ya desde entonces ofrecía Hidalgo su vida en aras de la Patria!

El querer por otra parte, como se ha pretendido y con insistencia, atraer á un determinado partido, la acción gloriosa de los padres de la Patria, es empequeñecerlos, y lo que es peor, destruir su obra.

Digo que esto es empequeñecerlos; porque unos son los Padres de la Patria y otros muy distintos los prohombres de un partido. Ante los Padres de la Patria todo el mundo, sin distinción de ideas, debe dar muestra de respeto, de veneración, de amor y de gratitud; ante el héroe afortunado de un partido, tocará á los unos hacer de vencedores; á los demás toca hacer de vencidos. Los Padres de la Patria han de ser el lazo de unión de todos los me-

xicanos, oficio nobilísimo que nunca podrá desempeñar el cabecilla de una facción.

Guiados por desgracia varios historiadores mexicanos por esa propensión tan injusta, pero tan común, de querer confundir la Patria con un grupo, han creído obra muy patriótica hacer pasar á Hidalgo y demás héroes de nuestra Independencia como enemigos de la fe, de la Religión y de la Iglesia.

Nada más injusto, ni contrario á la verdad: y digo más, nada más opuesto á las intenciones que animaron á los Insurgentes.

Es muy de notar cómo Insurgentes y Realistas se esforzaron desde un principio en dar á la lucha, no sólo color político, sino también religioso.

Hidalgo cuidó de que su primer *viva* fuera para la Religión: así entendió el pueblo, aquel pueblo heróico, que al acometerse el cambio radical de gobierno, la Religión quedaría intacta sobre su trono. Su segundo *viva*, como si no bastara el primero, fué para la Virgen de Guadalupe: así entendía el pueblo que con la nueva vida social, la Religión misma cobraría un timbre nacional.

No está por demás recordar lo que algunos historiadores sostienen, diciendo que la infame invasión de Napoleón en España hizo creer que peligraba la Religión aun en las colonias; y que esta creencia facilitó sobremanera la insurrección.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que de conformidad con los vivos religiosos de Hidalgo vemos, que la primera bandera de su improvisado ejército es la Guadalupeana de Atotonilco; que una estampa de la misma Virgen se ostenta en el sombrero de cada soldado; que Morelos lla-

ma en sus mensajes oficiales, á María de Guadalupe, la Emperadora, y que á Ella atribuye todas y cada una de sus victorias.

Los realistas por su lado, con la autoridad virreinal á la cabeza, en su decidido intento de hacer fracasar la insurrección, lograron ó miraron con regocijo que Hidalgo y sus compañeros, lo mismo que los continuadores de la obra emprendida, fueron acusados ante los tribunales eclesiásticos como herejes, apóstatas y enemigos de la Religión y de la Iglesia. ¡Nunca faltan hombres para tamañas vilezas! ¿Pero qué consiguieron? Ahí están los procesos testificando la mala voluntad de los acusadores; mas en vano buscaréis una sentencia por la cual se declare á Hidalgo ó á sus compañeros apóstatas ó herejes.

Herían tan vivamente á Hidalgo esas calumnias, como lo manifestó con palabra elocuentísima en su «Manifiesto al pueblo». Oíd con reverencia sus quejas, que parecen dictadas con espíritu profético para desmentir á los que tratarían más tarde de engrandecerlo, haciéndolo un impío.

«Me veo en la necesidad, dice él, de satisfacer á las gentes, sobre un punto en que nunca creí se me pudiera tildar, ni menos declararme sospechoso para mis compatriotas. Hablo de la cosa más interesante, más sagrada y para mí más amable: de la religión Santa, de la fe sobrenatural que recibí en el bautismo, *os juro* desde luego, amados conciudadanos míos, que jamás me he apartado ni un ápice de la creencia de la Santa Iglesia Católica; jamás he dudado de ninguna de sus verdades: siempre he estado íntimamente convencido de la infalibilidad de sus dogmas, y estoy dispuesto á derramar mi sangre en defensa

de todos y cada uno de ellos». Y para que nadie ignorara cuáles eran sus intenciones, en el mismo Manifiesto decía: «Establezcamos un congreso que se componga de representantes de todas las ciudades, villas y lugares de este reino, que teniendo por objeto principal mantener nuestra santa Religión, dicte leyes suaves, benéficas y acomodadas á las circunstancias de cada pueblo».

Esto mismo casi en los mismos términos proclamó el congreso de Chilpancingo cuya alma fué Morelos.

No os decía con justicia que el tildar á nuestros héroes de impíos era no sólo ofenderlos, sino querer echar por tierra la obra que acometieron.

La defensa que vengo haciendo de nuestros héroes no quiere decir que hayan carecido de faltas. Sus manchas tuvieron: lo confesaremos; pero de ninguna manera queremos hacer consistir en ellas su grandeza.

Si es propio del hombre errar, es propio del corazón grande reconocer el yerro, llorarlo y repararlo.

Hasta de ese arrepentimiento, humilde y sinceramente cristiano, que lava el alma, la purifica y le devuelve la paz, nos dieron ejemplo los caudillos de nuestra Independencia.—Su primer cuidado al acercarse la muerte, fué reconciliarse con Dios; y aquel prodigio de valor, Morelos, nunca creyó cobardía el llorar sus pecados durante ocho días de ejercicios que quiso voluntariamente practicar en la Cárcel.

Una vez reconciliados con Dios, miradlos cómo mueren. Traicionados, van al cadalso; pero convertido en trono, donde los aguarda á un lado la Patria que les entrega la ondulante palma del martirio, al otro lado la Religión, dispuesta á colcar sobre sus sienes la corona de la

gloria. Y su agonía conviértese en un arrobamiento dulcísimo, en medio del cual, ven que Dios ha aceptado el sacrificio de su vida, presienten que generaciones y más generaciones los aclamarán «Padres de la Patria», y les parece ya desde entonces escuchar ese coro gigantesco y solemne de gratitud y de amor que cien años más tarde, es decir, hoy, habíamos de entonar dieciseis millones de mexicanos esparcidos por todo el territorio.

Pero hay en ese himno de la gratitud nacional una estrofa que baña de emoción sublime las almas inmortales de los Insurgentes y que hace palpitar de nueva vida sus áridas cenizas. Esa estrofa es la tuya, Juventud Católica, porque va inspirada en la misma fe que ellos profesaron y sus melodías cantan y engrandecen al Dios y fe en donde ellos pusieron y nos mandaron poner para siempre la mayor gloria de la Patria.

Es innegable, señores, el puesto importantísimo que los iniciadores y continuadores de nuestra Independencia señalaron á la Religión en su atrevida empresa; y por lo mismo al consumarse ésta, tendría que aparecer en toda su plenitud realizado el pensamiento de los primeros Insurgentes.

Las tres garantías simbolizadas en los tres colores del pabellón de Iguala, que es todavía el pabellón nacional, fueron las tres bases sobre las cuales se levantó majestuosamente el templo de la Patria.

El Libertador de México, en la más perfecta armonía con nuestra historia de tres siglos, con las exigencias de nuestra raza, con las verdaderas aspiraciones del pueblo, pero sobre todo con los designios claramente manifestados de la Providencia divina, nos dejaba para siempre escritas

en los tres colores de nuestra bandera, las tres condiciones indispensables para que México llegara á ser una nación verdaderamente grande. Religión, Unión, Independencia. Trilogía sublime, con la cual nuestra santa bandera cada vez que hace palpitar nuestros corazones, nos está recordando, y recordará á sus hijos mientras ondula en el azul firmamento, que para ser verdaderos patriotas tenemos que ser católicos por Religión, latinos por la unión y mexicanos por la Independencia.

Como católicos, caben en nuestro corazón todos los hombres, sin distinción de razas: porque nuestra religión nos manda amar al prójimo y hasta perdonar al enemigo. Como latinos, tienen los de nuestra raza, principalmente la española, lugar de preferencia en nuestras relaciones. Como mexicanos, la Patria es nuestra Madre, y por lo tanto, celosos de su nombre y de su honra, nos toca defender su independencia aun á costa de nuestra sangre; porque la honra de la Madre es la del hijo; y la Madre es una sola, y en lugar de ella nadie cabe.

¡Ah! si México hubiera sido fiel á las lecciones, tan cristianas como patriotas, de sus héroes, y se hubiera mantenido firme sobre las graníticas bases de su libertad, fuera sin duda á la hora de ahora la primera nación de toda la América. Tal era su misión en vista de los magníficos elementos así materiales como morales con que la había dotado la Providencia.

Pero no fué así. Perdimos más de cincuenta años en querer ser grandes y felices por caminos muy distintos de los que Dios nos señalara.

A los gérmenes de división que ya había trasplantado á México la Revolución francesa, uniéronse otros, denun-

ciados enérgicamente á la Nación por la Legislatura de Veracruz desde 1825, que por desgracia no fueron conjurados. El hecho fué que fermentaron y produjeron lo que nadie ignora.

¡Oh, qué triste es recordar la historia de nuestras discordias, escrita con sangre de hermanos, en tantas páginas cuantas son las ciudades, pueblos, aldeas y hasta montañas y valles de nuestro amado suelo!

¡Qué pronto olvidábamos las enseñanzas de nuestro Libertador! Pero ¿que digo olvidar sus enseñanzas, cuando él mismo fué el primero en saborear la hiel de la ingratitude?

Con razón seguíamos despeñándonos de abismo en abismo.

Apenas cumplíamos 26 años de ser libres y ya perdíamos la mitad de nuestro territorio: once años después repudiábamos oficialmente nuestra Religión. ¡Y cincuenta y cinco largos años duraron nuestras luchas fratricidas!

Si á esto añadimos el éxito de algunos falsos patriotas que para hacernos mexicanos creyeron indispensable hacernos anti-españoles, ¿no sería de temer que las augustas sombras de nuestros héroes se levantaran para echarnos en cara el no haber sabido conservar la santa herencia que nos legaron?

Necesario es recordar estas amargas verdades, para cobrar experiencia, y acelerar la aurora de aquel venturoso día en que, olvidados los odios y reconocidos los errores, los mexicanos todos formemos una sola familia cobijada con el manto estrellado de la Virgen del Tepeyac. Ese día México será no sólo libre por su Independencia, sino también fuerte por la Unión y grande por la Religión.

Ya te veo, ¡oh Patria amada! cómo diriges ansiosa tu mirada á esta niñez y juventud que te rodea. Tu mirada les dice que tu suerte está en sus manos. Sí, juventud, en nombre de la Patria te vengo á asegurar que en los momentos solemnes del 6 de Septiembre en que jurabas la bandera, el Dios de las Naciones aceptó tu promesa, la bendijo y ratificó su alianza con el pueblo mexicano. Serás grande, dijo Dios á nuestro pueblo, mientras seas católico por la fe, latino por la raza y mexicano por la Patria.

Juremos, pues, todos morir antes que renegar de nuestra fe, de nuestra raza y de nuestra Patria. *Sólo así seremos dignos de nuestros héroes.*

HE DICHO.